DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA DE

D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ,

el dia 17 de Junio de 1860.

MADRID.
IMPRENTA DE V. MATUTE Y B. COMPAGNI,
calle de Carretas, 8.

1860.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA DE

D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ,

el dia 17 de Junio de 1860.

MADRID.
IMPRENTA DE V. MATUTE Y B. COMPAGNI,
calle de Carretas, 8.
1860.

DISCURSO

DE

D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

Señores:

Aún no hace un año que desde este sitio, y en ocasion idéntica á la que hoy en él congrega á la Real Academia Española, consideraba uno de vosotros como *embarazoso y arduo el empeño de justificaros*, por haberle permitido penetrar en el santuario donde se custodia y acrecienta el riquísimo tesoro de la lengua patria. Si en tan modesta actitud compareció por la vez primera ante este elevado cuerpo el hombre docto, infatigable, que, despues de haber henchido sus luminosos tratados de Higiene con la mejor doctrina para la conservacion de la salud del individuo, en sus varios estados; de los pueblos, en su complicada existencia colectiva; y del alma, en sus misteriosos vuelos y afecciones, ha conducido desde la grave y elocuente cátedra la razon de la juventud estudiosa por las sendas de la antropologia psicológica á las profundidades del *Nosce te ipsum*, ¿cuál deberia yo tomar al presentarme ante vosotros sin más títulos que los de unas cuantas docenas de obras fugitivas, poco meditadas unas, escritas sin el consejo de la experiencia otras, todas desaliñadas, todas incorrectas?

Comprendo que deberán hallarse fatigados ya vuestros oidos de escuchar el poco variable tema con que los académicos electos se esfuerzan en oscurecer sus propios merecimientos, impulsados por el laudable propósito, sin duda, de que brille en toda su plenitud la benevolencia del voto con que los habeis favorecido : conozco lo mucho que de estéril tiene una fórmula tan admitida como exhausta de originalidad ; pero si bien, en mi opinion, pudieron prescindir de su uso cuantos me han precedido en el goce de la señalada honra que hoy se me dispensa, apoyados en la notoriedad del derecho con que la conseguian, yo, si me desentendiera de ella, podria justamente ser notado de abrigar una presuncion jactanciosa, que se hallan muy distantes de acoger ni mi corazon ni mi pobre entendimiento.

Considerad, señores, y encontrareis ampliamente justificado cuanto acabo de indicar, que siendo niño, muy niño todavía, cuando aspiraba el perfumado ambiente del *Sacro-Monte* y de los *Cármenes de la Alhambra*, recibí la primera impresion escénica asistiendo á las representaciones de esa obra de todos los siglos, porque ella es el fiel trasunto de los dolores de la humanidad ; de esa obra gigantesca, elaborada en la mente de *Sóphocles*, prohijada por tantos hombres notables de la Europa occidental, y por último ; enriquecida y con superior habilidad engastada en nuestra literatura, por el ilustre prócer que dió vida á *Rugiero* y á *Laura Morosini* : observad que cuando, más adelante, saludaba los albores de la adolescencia, provocaron mi admiracion las ejemplares producciones del príncipe de nuestros poetas cómicos modernos : que he contemplado por primera vez al genio en las fatales desventuras del *P. Rafael:* que me han encaminado á las fuentes del sentimiento y de lo bello los intensos, purísimos amores de *Isabel de Segura* y el sin par *Diego Marsilla :* notad que, decidida ya mi vocacion, me han fortalecido y acompañado en mi larga peregrinacion dramática, entre otros imperecederos personajes, el severo *defensor de Tarifa* y el receloso *ex-amante de Rosita*, y com-

prendereis sin esfuerzo lo grandes que serán hoy mi embarazo y confusion al encontrar aquí reunidos á los claros autores de *Edipo* y de *A Madrid me vuelvo*, de *D. Alvaro* y *Los Amantes de Teruel*, de *Guzman el Bueno* y *El Hombre de mundo* (modelos unos que han evocado mi inspiracion en la niñez, joyas literarias otros que en noble emulacion han despertado mi entusiasmo), y que finalmente va á serme lícito llamar compañeros, por más que siempre me honraran como maestros, ya al esclarecido poeta, ya al hombre encanecido en el cultivo y enseñanza de las ciencias, ora al historiador concienzudo, ora al crítico eminente, y hasta al erudito, al donoso y afluente orador gaditano que, en su procelosa vida pública, ha recorrido con igual fortuna y brillantez las más seductoras fases de la elocuencia castellana.

Si apreciais en todo su valor el religioso respeto que infunden las primeras impresiones de aquello que habla vivamente al corazon y á la razon del hombre; de aquello que éste, en su conciencia, considera como superior á sus fuerzas intelectuales, no os admirará la turbacion que experimento al acercarme á vosotros, ni tampoco la timidez con que fijo mi planta sobre la huella del hombre que tan honda la ha dejado en el amplísimo campo de las letras, y en los anales del infortunio, del sufrimiento y de la cristiana resignacion.—Ya habreis comprendido que aludo á vuestro malogrado compañero, y respetable antecesor mio, D. Rafael María Baralt. Y al pronunciar este nombre inclino mi cabeza ante la sombra del que rayó tan alto por su saber como por sus desgracias, para rendir, como sinceramente rindo, á su buena memoria el homenaje de mi reverente admiracion, y acompañar en su duelo á la poesía, á la historia, al derecho público y á la ciencia filológica, que en él lamentan con justicia la prematura desaparicion de uno de sus más ilustres hijos. ¡Pasmosa brevedad la del camino que recorre el ser inteligente! Aquel hombre, que en su modesta vida presentó numerosas pruebas de que poseia la instruccion, la flexibilidad de estilo y perseverancia bastantes para haber llegado á ser un gran filósofo,

apenas tuvo tiempo para dejar consignada su aptitud en el registro de los hombres eminentes. Por eso, y con ser muy notable cuanto dió á luz su entendimiento, es, en mi opinion, la memoria del Sr. Baralt dignísima del aprecio público, más que por lo que demostró, por lo que pudo haber demostrado; más que por los sazonados frutos que nos permitió saborear, por los que quedaron en su imaginacion en un estado embrionario, y, sobre todo, por haber acometido, con la ayuda de hombres doctos, la obra magistral que, en el seno de ésta corporacion hace más de sesenta años, tuvo por precursor al insigne humanista, al tierno amigo del gran *Quintana*, al inolvidable autor de *Idomeneo* y *La Condesa de Castilla.*

¡Cienfuegos! ¡Quintana! Estos gloriosos nombres, que indeliberadamente he citado, vuelven á traer á mi memoria lo insignificante del mio; á recordarme la imponente solemnidad de este acto, y el deber en que estoy de legitimar de alguna manera la inscripcion de mi nombre en el catálogo donde brillan tantos nombres inmortales. Empresa es que acometeria, siempre con la tibia fe que acompaña las empresas de éxito negativo, si no tuviera tan presente, como he dicho al empezar, las palabras pronunciadas hace un año en este sitio por el Sr. Dr. Monlau. No os maraville que con tanta fijeza las conserve en mi memoria. Las escuché en la recepcion académica que precedió al voto con que me habeis honrado, y ellas me hicieron comprender la excelsitud jerárquica de esta Corporacion, ante la cual los hombres más distinguidos dudan de su propia valía para pertenecer á ella dignamente. Así os ha sucedido á todos, y así lo consideró tambien aquel aventajado hijo de las ciencias. Por tanto, la justificacion que para unos ha sido *difícil*, y para otros *embarazosa y árdua*, para mí debo tenerla por imposible; y convencido de esta verdad, desisto de llevar adelante un empeño, que quedaria siempre ilusorio, fiándolo todo á vuestra indulgencia y á la del ilustrado concurso que orna este recinto.

Sin embargo, no como escrito de justificacion, sino como un

recuerdo cariñoso, como un testimonio de respetuosa gratitud, voy á permitirme decir algunas palabras acerca de las excelencias, importancia y estado presente de una institucion tan antigua como fecunda, en cuyo servicio se ha gastado mi juventud, y á la que, durante ésta, he debido grandes satisfacciones, y abundante cosecha de pesares. Me refiero á la institucion del teatro; á esa institucion cuyo orígen se esconde en la noche de los siglos, combatida por la preocupacion hasta el fanatismo; ensalzada por la pasion hasta la apoteosis: modesta, pura, espiritual y civilizadora con frecuencia: no, felizmente, con tanta, procaz, desenfrenada y disolvente; pero siempre dispensadora de glorias, agitadora del ánimo, rico venero de emociones, inagotable raudal de pensamientos, fuente de sentencias, y la mejor conservadora de los tonos, giros y modismos del lenguaje, carácter, usos y costumbres de los pueblos.

Esa institucion, bien lo sabeis, porque en su dilatada esfera casi todos habeis ceñido honrosísimos laureles, puede asegurarse que no participa de la naturaleza mortal que prepondera en las humanas instituciones. Desde que el pensamiento dió impulso á la mano del hombre para que dejara consignados, en la historia escrita y en la historia monumental, los hechos de las edades que fueron, se ve arrancar la existencia del teatro, unida á la existencia universal, y caminar, uno en su esencia, múltiple en su forma, delante de la civilizacion de todas las naciones. Se le ve asomar en los primitivos poemas de la India: recorrer las opulentas ciudades del Asia: acompañar en su peregrinacion al *pueblo escogido*: concurrir con el hijo de David á la ereccion del monumento que inmortaliza su memoria: vigorizarse en la Grecia gentílica: trasladarse á la patria de los Césares: extenderse más adelante por Europa, y crecer en ella á la sombra de los templos levantados por el poderoso aliento del cristianismo.

Esta majestuosa marcha: este veloz desarrollo de una institucion secular, acogida hasta con delirio en todas las épocas; en-

granada entre los afectos de las nacionalidades que ha recorrido, patentizan que el teatro lleva en sí el gérmen de algo más que el recreo y el pasatiempo ; que su objeto no es simplemente el de distraer los espíritus perezosos ó preocupados. Si su existencia no se apoyara en una base de mayor solidez, el teatro habria sucumbido como tantas instituciones que ha visto sucumbir : instituciones que parecian dotadas de gran robustez y larga vida : se habria hundido como tantos imperios, como tantas sociedades, cuyas lindes, cuyos nombres, ó han quedado oscurecidos, ó la mano del tiempo los ha borrado para siempre Pero no ha sucedido así. El teatro, en medio del estrago que la accion de los siglos y el tumulto de las pasiones han llevado por el mundo, se ha mantenido apoyado en las fuerzas que le presta su propia vitalidad : ha luchado contra el torrente de las preocupaciones ; ha soportado impasible los tormentos á que llegó á sujetarlo el fanatismo, y ha seguido, y sigue y seguirá su marcha triunfante á través de todos los obstáculos, ¡porque el teatro es uno de los grandes elementos que determinan é impulsan la continuidad de siglo en siglo de la humana inteligencia.

Reconocida, porque no puede ménos de reconocerse, la excelencia del teatro como institucion primitiva, como institucion fuerte y poseedora de uno de los más preciosos talismanes que aseguran la inmortalidad en la tierra, la demostracion de su importancia es consecuencia legítima de las altas dotes que se reconocen á su orígen. ¿Cómo no ha de ser importante una institucion á la que nutre la poesía y sirven las bellas artes unidas por un lazo fraternal ¡la poesía y las bellas artes! ó lo que es lo mismo, la esencia del pensamiento en su manifestacion más pura y más bella? ¿Cómo no ha de ser importante una institucion que asimila los seres más inteligentes del universo, de tal manera que le han tributado culto lo mismo el patricio que el esclavo, el príncipe que el súbdito, el sacerdote que el seglar, ó, lo que es idéntico, las organizaciones superiores y extraordina-

rias, que no solamente ven donde ven pocos, que leen y sienten con aquello de que los demás no se dan cuenta, sino que poseen los efectos, la abnegacion, la sávia intelectual bastantes para hacer ver, leer y sentir á sus conciudadanos?

Para acabar de persuadirse de la alta importancia del teatro, hay suficiente con entrar por un momento en el exámen de las consecuencias que se deducen de esta sencillísima tésis.—«¿Qué habrá permanecido sin alteracion, de cuanto hoy existe, dentro de dos siglos?»—Las generaciones se habrán ido sucediendo: las instituciones humanas, al impulso de las nuevas costumbres, de las nuevas necesidades, acaso habrán cambiado de ser: nuevas leyes administrativas considerarán como caducas las que hoy rigen al Estado: el árido despoblado, tal vez se habrá convertido en residencia amena y bulliciosa: la villa en suntuosa ciudad, la ciudad en aldea, la ermita en fábrica, el cementerio en circo; y allí donde hoy rompe el arado trabajosamente la tierra seca y calcinada, es posible que cruce la veloz locomotora ó el fecundo canal cubierto de bajeles. Todo, verosímilmente para entónces, habrá experimentado cambios radicales, hasta las líneas del mapa en que se extienden ambos hemisferios: todo habrá sido objeto de trasformaciones, más ó ménos sensibles, á excepcion de *El Sí de las niñas*, *Indulgencia para todos*, *Los Celos infundados*, *Marcela*, *Coquetismo y presuncion*, *La Jura en Santa Gadea*, *La Espada de un caballero*, *Don Trifon*, *Simon Bocanegra*, *El Desengaño en un sueño*, *Cada cual con su razon*, *Don Fernando el de Antequera*, *Las Travesuras de Juana*, *El Amante universal*, *Antonio de Leyva*, *El Tejado de vidrio*, *La Locura de amor*, *Achaques de la vejez*, *El Patriarca del Turia*, *Don Tomás*, *Flor de un dia*, *La Senda de espinas*, *La Oracion de la tarde*, *El Cura de aldea* y otras muchas, que permanecerán como las vemos para servir de claros fanales que señalen en la cadena de los siglos el eslabon que representa al agitado siglo XIX. Todo lo puramente humano habrá sufrido para entónces alteraciones en la esencia ó en la forma, menos estos

monumentos erigidos á las letras por la fuerza creadora de nuestros ingénios, y á ellos será preciso que acudan los eruditos del siglo XXI, cuando deseen conocer y avalorar la manera de sentir en nuestros dias: nuestra conciencia, cuando hacemos uso de la historia: nuestra cultura, nuestro lenguaje, ora escogido, ora apasionado, ora vulgar, y hasta los grados de la moral pública en la severidad ó benevolencia con que se censuren, toleren ó disculpen los vicios, las deformidades y la corrupcion de la sociedad en que vivimos. Ante estos monumentos se detendrán, como hoy nos detenemos y descubrimos en presencia de los que se levantaron en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, desde las *Eglogas* de JUAN DE LA ENCINA hasta *El Delincuente honrado* de JOVELLANOS, como ellos á su vez, y nosotros en pos de ellos, nos hemos acercado á los que aún se conservan pertenecientes á la antigüedad latina y griega, para estudiar con profunda atencion la clásica, elegante sencillez de la frase y del asunto, en las obras maestras de *Séneca* y de *Pollion*, de *Plauto* y de *Terencio*; la magnificencia del *coturno*, en las sublimes creaciones de *Eschylo*, *Sóphocles* y *Eurípides*; y la libre mordacidad, la cáustica intencion política y social de la *carátula*, en las farsas de *Eupolis*, *Cratino* y *Aristófanes*.

Este singularísimo privilegio de longevidad que disfruta el teatro, con relacion á lo que existe, no es un don pegadizo abortado por la mente febril de los poetas; no es una exageracion del entusiasmo y gratitud de sus adeptos; es un privilegio verdadero, fundado en hechos incontestables, en numerosas pruebas tangibles, que, al paso que demuestran la respetable autoridad de su abolengo, llaman la atencion de los hombres pensadores hácia los colosales recursos que posee, tanto en el órden moral como en el órden económico.

En el órden moral es, al descubrir su portentosa escena ante la espectacion pública, no solo, como la historia, el espejo de las edades que pasaron, sino tambien el espejo de la edad que va pasando. Patrimonio del teatro son la sociedad y el individuo en

todas sus clases, en todos sus estados, con todas sus virtudes, sus sentimientos, sus pasiones y flaquezas. En su limpio cristal, proyectados por la musa dramática, se reflejan los errores del hombre, los extravíos del entendimiento, la relajacion de las costumbres, los caractéres sencillos, afectuosos, duros é incorruptibles, ensalzados ó combatidos con las armas que suministra la ciencia de los deberes; y evocados del fondo de los sepulcros, tornan á la vida y comparecen en él los héroes, los patriarcas, los hombres ejemplares, dignos de ser reverenciados é imitados; porque la inspiracion dramática, como destello de la divina inteligencia, se acerca tambien á las tumbas y dice al que en ellas duerme el sueño de la eternidad..... ¡Levántate y anda! La no interrumpida magnética corriente que existe entre la escena y el espectador, nacida de la comunidad de intereses que en la última se ventilan, atrae, conmueve y enseña al auditorio, sin que éste lo advierta, sin que lo pueda evitar, sin abrumar su entendimiento; y aunque el teatro no dispensara en el órden moral más beneficios que los de congregar al público alejándolo de otros espectáculos que enervan su fuerza y le embrutecen: brindarle con un lícito solaz que le indemniza de sus diarias tareas: instruirle con ejemplos prácticos de fácil y agradable percepcion, siempre seria un agente civilizador eficacísimo, tanto más poderoso, cuanto ménos, en el concepto de muchos, lo parece.

He dicho que en el órden económico revela tambien el teatro la extension de su importancia, y, en efecto; es portentosa la suma de capitales que en el trascurso de los siglos ha puesto el teatro en movimiento. Imposible seria, ni aun al cálculo aproximado, la averiguacion de la cifra de lo que los pueblos y los gobiernos de todas las épocas han destinado al sostenimiento y decoroso brillo de los espectáculos teatrales. Jamás contribucion ninguna ha sido satisfecha con mayor largueza y espontaneidad, ni su inversion ha comprendido un número de objetos más interesantes ni más dignos de apoyo y proteccion. Ella ha subvenido, aunque no siempre con igual esplendidez, á las necesidades del es-

critor y á las de su intérprete en la escena : ha conllevado en las cargas generales del Estado la parte que le ha correspondido : ha dado abrigo á las bellas artes, que tan noblemente contribuyen al ornato y atractivo del coliseo : ha mantenido las artes liberales y pequeñas industrias que viven á su sombra, y finalmente, ella, para exaltacion de la fe y caridad españolas, ha consagrado su porcion más crecida y saneada á nuestros asilos benéficos, á las casas de correcion y al fomento de las misiones encargadas de acercar á las fuentes de eterna bienandanza, con que brinda la espiritual doctrina del Crucificado, á los errantes hijos de Jacob y á los bárbaros sectarios de Mahoma.

Se ve, pues, que el teatro, además del respeto que merece, como todo aquello que resiste sin gastarse á la rueda voladora de los años, lleva tambien en su fecundo seno un manantial inagotable de ideas para solaz del espíritu, y de bienes positivos para el sustento y atenciones de la vida material.

Y aquí, aunque de pasada, creo que no seria enteramente fuera de ocasion el apuntar algunas breves observaciones acerca de una cuestion harto debatida, en la que escritores muy competentes no han logrado todavía ponerse de acuerdo, y respecto de la cual tampoco abrigo la loca pretension de pronunciar, como ahora se dice, *la última palabra.*

Autoridades literarias sostienen que es el teatro *escuela de costumbres*, y autoridades literarias tambien, afirman que el teatro es solamente *reflejo* de aquellas. Ambas opiniones son, en la mia, demasiado absolutas para que puedan admitirse como exactas, si bien relativamente las dos pueden componer una verdad muy lisonjera en honor de los atributos del teatro. En mi concepto, este no es una cosa ú otra, sino las dos á la vez; y de tal manera, que tanto más dignamente cumple con su elevado ministerio, cuanto con mayor intensidad brilla su luz, y más vivos son los resplandores que de esta luz irradian. Es el teatro *escuela de costumbres*, cuando dogmatiza : es el *reflejo* de estas, siempre que retrata; y como no existe entre ambas facul-

tades incompatibilidad ni antagonismo, ni hay obra de autor (que merezca y lleve con honra este nombre) que no tenga por objeto alguna enseñanza útil, para cuya demostracion no sea necesario valerse de los usos, formas y lenguaje de la época en que se escribe, resulta que el teatro, bien entendido, es, y forzosamente debe serlo, *escuela*, por las lecciones que se dan en él, y *reflejo* de costumbres, por el retrato que de ellas hace; ó, lo que es igual, un maravilloso compuesto de verdad y ficcion, de luz y sombra, de idealismo y realismo, que viene á formar un todo simpático por lo natural, cumplido y armonioso. Hé aquí lo que debe ser el teatro, y lo que el teatro es en efecto. Recordad si no *La Vida es sueño*, *El Condenado por desconfiado*, *Escarmientos para el cuerdo*, *El Rico-hombre de Alcalá*, *El Viejo y la niña*, *Muérete y verás*..... Estas obras dramáticas, citadas al acaso, como en copioso número podrian citarse otras, pertenecen á distintos géneros literarios, no han sido escritas en una misma época, son distintos sus autores, todos, incluso el que vive aún para honor de las letras y alegría de sus amigos, han ocupado diversas posiciones en la sociedad, en la que tambien se distinguieron por la variedad de sus hábitos y gustos; y, sin embargo, todas concurren y coinciden en un objeto comun: el de *enseñar* y *retratar*. En todas hay *leccion*, y leccion de profunda filosofía: en todas hay *reflejo*, porque hay *dibujo* de costumbres. Una, al paso que descubre el insondable abismo adonde en su desenfreno se precipitan las pasiones humanas, demuestra lo deleznable, pasajero y fútil de la vida, cuando en ella se desconocen los eternos principios de la equidad y la justicia: otra, avisa á las almas débiles, á los seres egoistas, que no bastan para alcanzar el perdon de sus culpas las oraciones superficiales, el cilicio, la maceracion ni el ejercicio material de todas las prácticas del dogma, si el pensamiento no se eleva á las regiones de lo inmortal, si el corazon no está dispuesto á consolar al afligido, la mano pronta á socorrer al menesteroso, y rebosando el ánimo de fe, de inmensa

confianza en las misericordias del Altísimo : esta, persuade del misterioso poder de la Providencia, que no deja impunes en la tierra el abuso ni los crímenes, interin llega el tremendo dia del juicio universal : aquella reprende la soberbia en el poderoso, á quien castiga y humilla arrojándolo á los pies de un poderoso de mayor alteza : ¡ leccion elocuente para el engreido mortal que se atreve á ofender á su hermano cuando le ve débil y humilde, y á menospreciar las leyes cuando en su desvanecimiento se figura que no fueron hechas para él ! Esotra, advierte los riesgos que se corren, los peligros á que expone, los tormentos que se sufren, cuando en la edad de los cónyuges no existe el equilibrio de una prudente paridad ; y la postrera presenta en ingenioso contraste la inconstancia y la firmeza, la lealtad y la falsía, el egoismo y la abnegacion del amor y la amistad, puestos á prueba de la ausencia y de la muerte : ¡ el amor y la amistad ! dulcísimos y desgarradores afectos que iluminan y anublan los mejores dias de nuestra agitadísima existencia.

De todas estas obras se desprende una leccion trascendental, basada en los más sanos principios, trasmitida al público, no con la monotona frase del pedagogo, ni con la austera severidad de la cátedra, sino revestida con formas animadas é insinuantes, que hacen perceptible el ejemplo á todas las clases, á todos los entendimientos de que se compone el auditorio. Y lo mismo que sucede con el teatro nacional (á quien he dado en la cita el lugar preferente de que se halla en posesion desde el renacimiento de las letras y las bellas artes) acontece con los demás teatros en Europa. No se fijará la vista en ninguna produccion de esos autores que han logrado cabalgar en hombros de la fama, sin encontrar escenas, situaciones, rasgos felicísimos que conmueven el ánimo, que obligan á entrar en cuentas con la conciencia para aborrecer, condolerse, huir de la imitacion ó tomar por modelo á la série de personajes, ora históricos, ora de invencion, que intervienen en la fábula. ¿Quién hay que en-

vidie las grandezas del trono danés en los momentos de angustia, de terror, de continuo sobresalto que asedian al asesino del augusto padre de *Hamlet*? ¿A quién no admira la prontitud con que se desbaratan las tramas, se ahuyentan las insidias más hábilmente combinadas y dispuestas, al ver ahogarse á *Fiesco* bajo el peso de la armadura que le vistió una ambicion reprobable y desmedida? ¿A quién no estremece el castigo que por esta misma vana pasion recibe *Ricardo D' Arlingthon* de las manos de su padre? ¿Quién hay que no califique de monstruosa, de contraria á las leyes naturales la nefanda pasion que arrastra á *Mirra*? ¿Quién aspira á la detestable semejanza de *Tartufe* y de *Harpagon*? Y ¿quién no ve en el castigo de *Lucrecia Borja* descender el rayo de las iras celestes, sorprenderla en medio de sus desórdenes, herir su tempestuoso corazon y obligarla á que expíe en breves momentos ante el cadáver de su hijo, asesinado por ella, toda una vida de criminales y repugnantes desafueros?

Llegaria á ser enojosa, por lo extensa, la enumeracion de obras que prueban que el teatro no solo es *escuela* de buena doctrina, de avisos elocuentes, de plausibles ejemplos de costumbres, sino tambien el *reflejo* de éstas; porque sabido es que, aun cuando aquellas se refieran á épocas remotas y á países extraños, sus interlocutores generalmente se mueven y hablan como hablan y se mueven los personajes análogos en la época y sociedad en que el poeta las ha escrito. En mi concepto, no existe una obra dramática, que haya merecido ó merezca los honores de la posteridad, sin que enseñe algo provechoso, y sin que á la vez describa ó refleje con mayor ó menor intencion y fidelidad los rasgos más característicos de la nacion á que pertenece. Lo difícil es encontrar una sola obra buena que no se halle adornada de ambas dotes, tan estrechamente unidas, tan perfectamente confundidas y mezcladas, que considero imposible, de toda imposibilidad, el señalamiento del sitio que en exclusivo á cada una corresponde, como seria imposible determinar el punto donde concluye el agua y

principia su evaporacion, ó marcar en el *batiente difuminado* de una obra de pintura el lugar geométrico donde parten límites las sombras y la luz.

Es, pues, el teatro, segun mi leal entender, y de estos ejemplos se desprende, *escuela*, porque advierte, enseña, ilustra; y *reflejo de costumbres*, porque las modela, dibuja ó retrata: una institucion que, aunque de naturaleza compleja, es, en el mejor ejercicio de sus funciones, uniforme, concreta, indivisible.

Parecerá, acaso, exagerada la narracion que llevo hecha acerca de las excelencias é importancia del teatro, y es posible que haya alguno que pregunte: «Esa institucion, ¿es tan impecable, tan perfecta, que se halle libre, fuera del alcance de las debilidades y miserias de que participan las humanas instituciones?»—No, ciertamente, se podrá contestar: no se halla el teatro exento de pecado, como no lo está nada de aquello á que la pecadora mano del hombre da vida y movimiento. El teatro tambien se extravía, comete desmanes, y hasta puede llegar á convertirse en una verdadera calamidad. Pero cuando el teatro cae en ese funesto paroxismo, no es el teatro ya, sino su excepcion la que funciona: no es ya la luz del genio, ni su reflejo siquiera; sino el tizon que mancha, que todo lo ennegrece, como no es la prensa, que ilustra y civiliza, la gárrula gritería que calumnia y que difama. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que ni aun en estos momentos de triste decepcion, puede con justicia considerarse al teatro como solidario en la responsabilidad que haya de exigirse. El teatro, segun llevo dicho, enseña, es cierto; pero no impone á nadie su enseñanza; no obliga á que la acepten; deja á la conciencia de cada cual que extraiga de aquella el fruto que le parezca más lozano y provechoso. La que se impone con frecuencia al teatro, es la sociedad; y cuando la corrupcion se hospeda en ella, ó más bien en parte de ella, no por el influjo del teatro, sinó por la fuerza superior é invisible que agita y arrastra á las sociedades en períodos determinados; cuando llegan épocas en que se permite hablar de todo y discutir acerca de todo: cuan-

do el cinismo pasa de las costumbres á infiltrarse en la médula del cuerpo social, y todo se adultera, y se disfraza, y se disimula, hasta el punto de oir la muchedumbre, sin alterarse, palabras que debieran herir todos los oidos y quemar la boca del que las pronuncia; cuando la indiferencia del público es tanta, que ve impasible la procacidad con que ora aparece como panegirista de la virtud el que más la escarnece y pisotea: ora como defensor de la dignidad de la mujer el que más la deshonra y envilece; ya como apologista de la santidad de los lazos de la familia el que los rompe con mayor escándalo y violencia; y oye hablar de generosidad al avaro, de franqueza al hipócrita, de lealtad al felon, de probidad al usurero, ¿qué ha de hacer el teatro, al desempeñar su papel de *retratista*, si no usar de los colores que la sociedad misma le sirve en la paleta? Dibujará monstruos, presentará la deformidad de los originales que ha copiado, y contribuirá, no tan directamente como otros elementos corruptores, á la propagacion de la pestilencia. Pero, aun dada esta situacion excepcional en el teatro, repetidas pruebas han demostrado siempre que no es, ni puede ser, de larga duracion. ¡No! Porque apenas el teatro se aleja del buen camino, tropieza y se encenaga, se levantan en son de protesta la voz de la indignada virtud, la de las costubres ultrajadas, la de los hombres de ciencia y autoridad, como en alas de su propia inspiracion y con atildado estilo recientemente lo ha hecho uno de vosotros al apostrofar los extravíos y tendencias de la novela; y como, con estas, ó sin estas respetables voces, se insinúan y rebelan el instinto público, que es más sábio que todos los filósofos, la conciencia universal, que es más recta que todos los códigos y preceptos humanos, los cuales, al observar que el teatro no les enseña nada útil, no les solaza ni entretiene, lo juzgan en primera y única instancia, y lo condenan sin apelacion al abandono, á la soledad, el mayor de los castigos, más que castigo, el mayor, más doloroso y cruel de los tormentos.

Y véase cómo, por medio de este natural, espontáneo y sa-

ludable correctivo, vuelve el teatro á la via de que pudo separarse por un momento, para continuar su marcha á través de los siglos, demostrando sus excelencias é importancia, atributos que no podemos negarle sin negar lo que están viendo nuestros ojos y tocando á cada instante nuestras manos.

Examinadas sumariamente las cualidades internas y externas del teatro en los tiempos que pasaron, permitidme ahora que haga una rápida incursion al de nuestros dias en general, y que me detenga breves instantes en presencia de las causas que pueden haber ocasionado la situacion en que yace hoy el de España.

¿Qué es lo que ha sucedido en el mundo teatral que adonde quiera que se aplican la vista y el oido no se ven más que desastres y lágrimas, no se oyen más que lúgubres quejas y sollozos? Ni un solo punto se descubre, entre tan varias y apartadas regiones, adonde el espíritu de la Dramática pueda refugiarse y aspirar, libre del contagio, el delicado aroma del arte y del buen gusto.

La patria de *Eurípides*, el semidios de la escena en la edad de Oro, cuyos versos tenian, como sabeis, el grato privilegio de endulzar la amarga suerte de los prisioneros de *Leónidas* y *Temístocles*, yace aletargada en su tradicional lecho de laureles, y enredados los pies entre las algas del Tirreno. El poderoso genio que inspiró *La Tempestad*, *Otelo* y *El Mercader de Venecia*, hoy solo respira por la tobera de sus locomotoras, y no presenta al mundo otro símbolo de su actividad y sus creencias que el caduceo del mensajero de las olímpicas deidades. Del fecundo suelo que sembraron de lauros inmarcesibles *Alfieri* y *Goldoni*, *Metastasio* y *Giraud*, no brotan hoy más que guerreros; no se oye en él más voz que la que llama á sus hijos al combate, ni existe más entusiasmo que para el sufragio universal. La pensadora nacion, cuna de *Schiller*, consagra sus fuerzas dramáticas á meditar y rastrear el verdadero sentido de los intrincados conceptos de nuestro D. Pedro Calderon. Allí, donde la

pudorosa ninfa del teatro volaba un tiempo dignamente engalanada con la veste de plumas que le ciñeron *Corneille*, *Racine* y *Moliere*, hoy corre desatentada por los *bulevares*, ébria y deshonesta, derramando chistes inspirados por la fiebre del sensualismo. Y aquí, donde, desatadas las fuentes del teatro, llevaron hasta los confines más recónditos de Europa la frescura y sonoro murmullo de sus aguas, hoy se han escondido tanto sus veneros, que, para calmar nuestra sed, no ya la ajena, solo poseemos un exiguo raudal que va fluyendo gota á gota.

¡Sombrío y por demás desconsolador es el cuadro en que se hallan representadas las desdichas que agobian al teatro de nuestros dias! No hay escena en ningun país que en esta parte sea más que otra venturosa: en todas partes gime el arte recordando sus antiguas y hoy perdidas glorias, y la agitacion á que se entrega para renovarlas, más que á las palpitaciones de la vida, se parece á los sacudimientos de un cadáver galvanizado. No es un accidente parcial el que aqueja al mundo artístico; es constitucional el padecimiento, aguda la dolencia, comun la infeccion, universales el conflicto y las angustias. Y consiste en que las conquistas que logra la materia sobre el espíritu de los pueblos, no se realizan jamás sino á expensas de la virginal pureza, símbolo del arte. Consiste en que la vieja Europa, cansada de la sobriedad del tasajo, del peso de las ferradas armas, del duro lecho de los campamentos, del ordenado trabajo del dia, del tranquilo reposo de la noche, hondamente dividida en sus creencias, debilitada su fe en todas, casi en brazos de una nueva idolatría, ávida de goces materiales, rinde culto al oro, á la gula y á la pereza: quiere vivir mucho y bien en pocos dias: no escrupuliza los medios con tal de conseguirlo, y, como cuerpo caduco, necesita de estímulos extraordinarios para animar sus ateridos nervios y desatar el hielo de su sangre. Este movimiento general, que recuerda el *Urbem Romam* de Tácito, es el que ha producido en Europa *el bajo imperio* del teatro, y con él lo ficticio de su vida, lo visible de su decadencia, lo innegable de su

postracion. No aspiro, al hablar de este modo, á presentar como exclusivamente mejores las edades pretéritas; ni mucho ménos á proclamar lo ventajoso que seria el volver atrás la planta, con el único objeto de que el teatro reconquistase su primitiva esplendidez. Esto seria lo mismo que condenar las inmutables leyes del progreso humano, cuya marcha solo al poder de Dios es dado alterar ó reprimir. ¡No! Mi inofensivo propósito se dirige á dejar consignado el hecho de que cuando las sociedades evolucionan, cuando entran en el período de su renovacion, se resienten las costumbres y cuanto en aquellas se cobija, muy especialmente las instituciones que se nutren mejor con los delicados halagos del espíritu que con los impuros goces de la materia. No es para mí dudoso el que, una vez calmados los huracanes que conmueven hoy el mundo, renacerá el teatro jóven y fuerte, con las nuevas ideas, con las nuevas costumbres, con todas las reformas que oculta el velo de lo futuro; pero es lo cierto que entretanto el teatro desfallece en Europa, si bien, en honor del de España puede asegurarse que no debe á causas enteramente iguales á las que llevo apuntadas la penosa y aflictiva situacion en que se encuentra. Examinémoslas sin tardanza: apreciemos la gravedad de su estado: indiquemos el remedio, si lo hay; pero examinémoslas con esmerado interés, sin pasion por cosas ni por personas, que mal se aplican los específicos cuando no precede un diagnóstico severo y concienzudo.

Unos dicen, que el teatro español decae visiblemente: otros, que es tal la agudeza de sus dolores, que se encuentra en la agonía; y tambien hay quien con amargas quejas ha dado al público la noticia de su fallecimiento. Y adviértase que esta nueva no ha salido de los labios de los veteranos del arte, á quienes podria perdonarse el *pesimismo*, atendiendo á que nada hay para los ancianos más simpático y perfecto que aquello de que trataron en la mocedad; esta infausta nueva ha salido de las filas de la juventud militante, nueva que hubiera llenado de pavor á los numerosos apasionados de la institucion, si no la hubieran

oido como una hipérbole necrológica. El teatro español se halla enfermo, es verdad; le trabaja una intermitente perniciosa; se encuentra en una de esas crísis que en otras ocasiones ha soportado y vencido heróicamente; pero el teatro español no ha muerto, ¡porque no puede morir!..... en tanto que no se extinga el último destello del ingenio en la mente de los españoles. Y nada hay que pruebe de una manera más concluyente las fuerzas vitales de aquel, que el estado en que se encuentra: si pudiera morir, ya no existiria: ¡tan letal y abundante ha sido y es el tosigo que tiempo há se le administra! No me propongo dirigir cargos á nadie: me lo veda el respeto que debo á este sitio; me lo veda mi carácter; pero creo aplicable al caso presente, y salva la santidad del objeto que lo inspiró, aquel magnífico apóstrofe del sábio *Anfriso*:

. . . . ¡Llorad humanos!
¡Todos en Él *pusísteis vuestras manos!*

Muchos, en efecto, son los que, no para bien, han puesto las manos en el teatro, y no pocos los que, para mal, dejaron de ponerlas.

Entre las causas que pueden citarse como originarias de su abatimiento, las hay fortuitas, inevitables, así como tambien hay otras que son espontáneas é intencionales, pero susceptibles de fácil y pronta correccion. Pertenecen á las primeras, las producidas por las convulsiones que de antiguo abruman é interrumpen la marcha progresiva y ordenada del cuerpo del Estado. A la sombra de la paz, con el grato reposo que produce la confianza pública, es como se desarrollan y prosperan las letras y bellas artes; y ciertamente que el siglo en que hemos nacido no será propuesto á los demás por la historia como ejemplo de siglos pacíficos y morigerados. En lo que de él va corrido se ha consumado una gloriosa revolucion nacional; ha ocurrido un conato de cambio de dinastía, y una completa restauracion seguida de alteraciones radicales en el órden político, de una guerra civil, de una lucha constante de partidos, que maldice

la Providencia, y de otra guerra en extrangero suelo, que Dios ha bendecido en los campos de batalla. Y, sin embargo, señores, para que se vea la pujanza del genio dramático de España, en ese largo y tormentoso período, entre el fragor de las armas, sobre la sangre derramada en los cadalsos y á la siniestra luz de la discordia, ha poseido nuestra escena á Isidoro Maiquez, Felipe Blanco, Pinto, Rafael Perez, Carretero, Cristiani, Caprara, Latorre, Mate, Guzman, Fabiani y Campos: á Rita Luna, Antonia Prado, María García, Antera y Joaquina Baus, Concepcion Rodriguez, Jerónima Llorente y los demás á quienes todavía colma el público de aplausos, presididos por las brillantes pleyadas de escritores que legarán á la posteridad un considerable número de obras ajustadas en su mayoría á los preceptos del arte y de la moral más exigente. Pero aun cuando, por la exuberancia del genio español, nos sea dable añadir estas á nuestras antiguas glorias literarias y artísticas, preciso es convenir en que las circunstancias que han rodeado á los poetas y actores en la época citada, no han sido las más favorables, bonancibles y protectoras.

Y puesto que hablo de proteccion, no ya como causa fortuita, inevitable, sino como espontánea y corregible, debo declarar que no ha sido positivamente muy directa ni eficaz la que al teatro han dispensado nuestras leyes. Con brevedad suma puede recopilarse nuestra legislacion teatral. Unas cuantas consultas de teólogos que desde el siglo XVI hasta el último tercio del siglo XVIII, dieron por resultado cinco prohibiciones absolutas del teatro: varias gestiones del *conde de Aranda* para el arreglo interior y exterior de la policía de aquel, é introduccion en nuestro caudal cómico de algunas obras escogidas de los teatros extrangeros: una junta para entender en la reforma del teatro, creada por el *duque de la Alcudia*, despues *príncipe de la Paz*, á cuyo frente hubo el tino de colocar á un general, muy entendido en el arte de la guerra, y que principió por tratar á los vocales (entre los que se hallaba el inmortal *Inarco Celenio*) como si fueran cadetes

ó soldados: una ley de propiedad literaria en la que se concede á los autores durante su vida el derecho de ser dueños de las obras de su entendimiento y veinte y cinco años despues á sus herederos: algunas reales disposiciones, referentes unas, á jubilaciones de actores, y encaminadas otras, á evitar el merodeo que en el campo de la propiedad literaria se permitian, y siguen permitiéndose las compañías ambulantes y sociedades dramáticas, y el Real decreto orgánico de teatros de 7 de febrero de 1849 (ampliacion del de 30 de agosto de 1847, que no llegó á plantearse), alterado sensiblemente despues por el de 28 de julio de 1852. Nada digo de la ley de teatros que en 1856 principió á discutirse en la Asamblea Nacional, porque esta ley no salió del estado de proyecto.

Hé aquí en resúmen lo más importante de nuestra legislacion teatral, con la que, si bien varios gobiernos han demostrado que no les era indiferente la suerte del teatro, no han tenido la fortuna de asegurarla de un modo permanente, realizando sus benévolos deseos. Es, no obstante, de estricta justicia hacer una excepcion en favor de los Reales decretos de agosto de 1847 y febrero de 1849. Ambos acuerdos son los que entre las disposiciones de su clase revelan mayor elevacion de miras y un profundo conocimiento práctico del arte y su complicado mecanismo; acuerdos que nunca agradecerán bastante cuantos directa ó indirectamente se interesan por la prosperidad y apogeo de nuestro teatro. En ellos se ordena la fundacion de *uno español* en la capital de la monarquía: se crean arbitrios para subvenir á su decoro y esplendor: se regulariza y mejora la condicion de los actores: se clasifican los teatros del reino: se pone coto al abuso de abrirlos sin la conveniente garantía: se les destina al desempeño de géneros dramáticos especiales: se establecen premios de estímulo para los autores; y por último, se arranca al poeta del nauseabundo terreno de la contratacion, se le pone á cubierto de la especuladora avaricia de las empresas, fijando un equitativo tanto por ciento como remuneracion de sus obras, que son el

primer elemento del teatro. Y estas notabilísimas reformas no quedaron en proyecto: se llevaron á ejecucion, venciendo dificultades, allanando penosísimos obstáculos, y se vió que el pensamiento era bueno, era realizable. Si despues no ha producido los frutos que prometia, no ha sido por culpa de él, sino por causas que, las unas no son de este lugar, y las otras, ni de este ni de ninguno.

Abandonado nuevamente el teatro á los azares de la suerte; obligado á caminar, sin el impulso de una direccion legal, uniforme y protectora, á través de una época analítica, que se prosterna ante lo positivo, que desdeña lo ilusorio, naturalmente ha caido de los brazos del arte en los de la industria, y de los de esta, en el pantano donde se revuelven la hipocresía y el charlatanismo. Jamás se ha invocado el arte tanto como ahora, ni, en nombre del arte, se han cometido tantos desaciertos. Se nota entre los que le cultivan (salvas siempre honrosísimas excepciones) un devorante afan de atravesar pronto el camino, una prisa por saltarlo desde el principio hasta sus postreros límites, que no parece sino que la nacion se dispone para emprender un gran viaje, ó que ya se escuchan á lo lejos los sonidos de la fatídica trompeta. Nunca, ni aun en los tiempos de las *comedias famosas*, ha poseido España, como ahora, mayor suma de *primeros* escritores, de escritores *distinguidos*, de *siempre y extraordinariamente aplaudidos* escritores; ni la falange cómica ha contado, como hoy, entre sus filas mayor número de actores *eminentes*, de actores *inspirados*, de *primeros* actores y *directores de escena*; y, no obstante estas lisonjeras calificaciones y aditamentos *de cartel*, el público, el verdadero público que juzga, que premia y que condena, no asiste á sus espectáculos. ¿Cómo podrá explicarse este desvío? De una manera muy sencilla; con la simple exposicion de la verdad. Se explica con la demostracion práctica de que el teatro (y sea dicho con perdon de los economistas que profesan en absoluto la teoría del libre cambio) no puede regirse por las leyes comunes á la industria: no puede

regirse, porque el teatro es más artístico que industrial, y desde el momento en que la industria prepondera sobre el arte, se convierte aquel en agiotista: el ágio lleva consigo el exagerado encomio de la cosa cambiada; el encomio exagerado produce el desencanto en el público, y el desencanto de este, su ausencia del mercado. Esta es la verdad. Que se den al público obras de arte, interpretadas artísticamente; haya originalidad y verosimilitud en el pensamiento de las comedias; ingenio en su estructura; conjunto, exactitud histórica y vida en su representacion, y el público, sin el forzado estímulo de pomposos anuncios, sin la intemperancia de esas sociedades de seguros mútuos de aplausos, de seguros de elogios mútuos, asistirá espontáneamente á nuestros coliseos. Pero si, en vez de ver cumplida esta racional exigencia, observa que el escritor *mancha la tabla aprisa*, y al lado de un actor que le entusiasma encuentra otro y otro que le desesperan; si continuamente se ofende su vista y su ilustracion con anacronismos que podrian perdonarse en los tiempos de *Lope de Rueda*, resultando de aquí una representacion desigual, anómala y desmayada, no debe sorprender á nadie que deje solo al *extraordinariamente aplaudido* escritor y al cómico *eminente*, y que vaya á favorecer otros espectáculos que, si bien no ofrecen á su entendimiento el nutritivo pasto del arte, en cambio son para él más divertidos, porque tambien son ménos pretenciosos.

Ahora bien, y para concluir: demostradas algunas de las principales causas que, á mi juicio, han colocado al teatro en la aflictiva situacion en que se halla, no creo que bastarán á sacarle de tan duro trance los conatos aislados del esfuerzo particular. Necesita el teatro para vigorizarse, para producir los opimos frutos que ha dado en mejores dias, y que debe de dar siempre, del poderoso auxilio de la ley; y las bases de esa ley, ningun cuerpo literario más autorizado ni más competente para determinarlas que el que hoy me honra, tendiéndome su mano y admitiéndome en su seno. Aquí, donde el saber y la expe-

riencia tienen su natural asiento; donde jamás penetra el emponzoñado ambiente de las pasiones, ni los baladros del egoismo, la vanidad y la codicia tienen eco, es donde con mayor fortuna podrá iniciarse la gloriosa regeneracion del teatro nacional.

Si poseyera mi voz la autoridad suficiente para dirigiros invitaciones, lo haria con el objeto de que con preferencia á todo os dignárais fijar la atencion en tan grave asunto, convencido de que sabríais resolverlo con la prudente discrecion en vosotros vinculada; pero no osaré, en mi pequeñez, estimularos á ello, sino en la forma de la más reverente de las súplicas. ¡Qué gloria para la Real Academia Española si, á las muchas que ya tiene conquistadas, añadiera la de comunicar el *esplendor* de su timbre á nuestro abatido teatro, y brindara con un porvenir más lisonjero á los ingenios españoles y á las numerosas familias que con la suerte del teatro tienen ligada su existencia! Abrigo la consoladora esperanza de que un proyecto de reforma teatral, tan completo como puede salir de esta docta corporacion, será aceptado y apoyado por el Gobierno supremo, propicio siempre á coadyuvar al engrandecimiento de las instituciones públicas, y con especialidad al de una que, como la del teatro, es el termómetro que señala los grados de civilizacion y cultura de las naciones.

Entónces, y solo entónces, asegurada ya la decorosa subsistencia del teatro español; obligados los elementos que lo constituyen á moverse dentro de la cuadrícula trazada por la ley; subordinadas á ella las aspiraciones no justificadas, las ambiciones personales; centralizados los intereses hoy dispersos, es cuando, si se observa que el teatro permanece inmóvil, insensible á la accion de remedios tan heróicos, podrá afirmarse con fundamento que ha dejado de existir. Pero entre tanto no hay motivo para acoger tan fúnebres pensamientos: es demasiado rica la herencia que posee para que tema los horrores de la pobreza, y harto fecundo el ingenio español para que caiga en el abismo de

la esterilidad. Lo que hoy se puede asegurar es que, nuestro teatro, como el águila real, cansado de volar por las alturas, ha plegado sus alas y descendido hácia el centro comun de gravedad, para tomar nuevo aliento, desplegarlas despues, remontarse y perderse entre las nubes.

Perdonad, señores, que haya abusado tanto de vuestra benevolencia. Hombre de accion más que de palabra; acostumbrado á traducir en hechos mis pobres ideas, he considerado como un deber imprescindible el abogar por una institucion á la cual debo, entre otras mercedes, la muy señalada de tomar hoy asiento á vuestro lado. Por eso he creido cumplir con una obligacion al consagrar los momentos en que por la primera vez de mi vida suena ante el público mi voz, para pagar á aquella, con la desaliñada efusion de un alma agradecida, el tributo de mi profundo reconocimiento, y contribuir con cuanto sea dable á mis fuerzas á remover los obstáculos que interrumpen su marcha y le imposibilitan para que corresponda hoy, como ayer, á sus gloriosas tradiciones.

DISCURSO

DE

D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

Señores:

Solo me ocurre una manera de no debilitar el interés que os ha congregado en este recinto. Deseosos vinísteis de oir el discurso del Sr. Rodriguez Rubí, en la bien fundada creencia de que, siendo suyo, no podia ménos de lucir por la amenidad y la sustancia; y tambien de ver ornado á su autor con la medalla, que esta Corporacion le ha de entregar, segun voto emitido, no por efecto de benevolencia, sino por espíritu de justicia: se os ha cumplido el primer deseo, y no tardareis en satisfacer el segundo, sin que hayais de templar vuestra natural impaciencia más que los breves instantes que necesite para dar al nuevo Académico la bienvenida; honroso y agradabilísimo encargo, que por la prioridad del entrañable afecto que nos profesamos ya hace mucho, me toca desempeñar á nombre de la Real Academia Española. Nuestra amistad data de los dias de la juventud más florida, que coincidieron por fortuna con el restablecimiento de las instituciones liberales en nuestra patria; dias de efervescencia y de entusiasmo, de fé ardorosa y de nobilísimas aspiraciones, de inexperiencia y de esperanza, en que mutuamente nos

animábamos al trabajo, y nos guiábamos en los estudios, y nos corregíamos los versos, con ánsia de ganar laureles. Un cuarto de siglo va pasado, y las impresiones de entonces, vivas se mantienen, cual si fueran de ayer, en el alma. Juntos nos hallamos con los obstáculos desalentadores que se atraviesan á los principios de toda carrera; juntos los dejamos atrás, porque la perseverancia obra maravillas; juntos hicimos nuestras primeras armas en las lides pacíficas y deleitosas del Liceo artístico y literario.

Al nombrar este instituto, que, erigido por los esfuerzos particulares de una persona de recomendabilísimas circunstancias, se mantuvo en el mayor apogeo no pocos años, de pronto hago memoria de una de sus funciones más solemnes. Ya estaba el Liceo en el palacio de Villahermosa, cuando tuvo lugar por marzo ó abril de 1840, para aliviar la infausta suerte de un pintor de nota, ciego entónces y hoy ya finado. Aquella noche de consuelo para el artista, y más especialmente por el público testimonio que sus muchos amigos le dieron de cordialidad y ternura, fué para el Sr. Rodriguez Rubí de feliz augurio. Ya tenia acabada una comedia, sin saber á dónde acudir para verla representada, y aquella noche y dentro del mismo Liceo se le proporcionó la coyuntura de entablar relaciones con quien la podia someter al fallo del público en el teatro, y de buena voluntad contrajo el empeño de apadrinarla sin demora.

De cierto varios de los que me escuchan indulgentes asistieron al estreno de la comedia á que aludo, y por la cual se enlaza de algun modo con la ceguera de Esquivel la fama de poeta dramático de Rubí, como con la muerte de Larra la fama de poeta lírico de Zorrilla. Sin duda estais recordando que se titula *Del mal el menos* la comedia con que alcanzó el nuevo alumno de Lope de Vega su primer triunfo, apenas cumplidos los veinte años; triunfo precursor de otros muy numerosos y bien merecidos, puesto que pasan de sesenta las producciones originales dadas á la escena desde entónces por ingenio tan privilegiado, sin sufrir jamás el menor desaire. Y aparece más lisonjero este

favor constante del público, harto veleidoso en ocasiones, si se considera que no se ha limitado á cultivar el género para el cual acreditó dotes no comunes desde su lucido aprendizaje; ántes bien con igual buena estrella ha hecho gala de que las musas del teatro le prodigan las inspiraciones todas. Su ligereza y su donaire para la comedia de costumbres están patentes en *El Rigor de las desdichas*, *Detrás de la cruz el diablo*, *Mejor es creer*, *La Entrada en el gran mundo*, y otras cuya enumeracion fuera prolija: de la galantería, del discreteo y de los empeñados lances de la comedia de capa y espada, son fiel imágen *Ribera ó la fortuna en la prision*, *Quien más pone pierde más* y *Las Indias en la corte*: de la urbanidad é intencion de la alta comedia son modelo acabado las dos partes de *La Rueda de la fortuna*: verdad en los caractéres, colorido de época, interés siempre vivo, á pesar de la fidelidad de la pintura, segun el drama histórico lo exige, se hallan de relieve en *Isabel la Católica*, *El Fénix de los ingenios* y *Dos Validos ó Castillos en el aire*: muy originalmente ha puesto en juego con *La Bruja de Lanjaron* la tramoya de la mágia, y con *La Hija de la Providencia* ha pagado tributo á la zarzuela ya muy de moda: la naturalidad con que hiere siempre que es de su agrado los más hondos sentimientos del alma se nota especialmente en *Borrascas del corazon*, *La Trenza de sus cabellos* y *La Estrella de las montañas*, donde á menudo se eleva al tono de la tragedia, á la par que en *La Féria de Mairena* y en *Las Ventas de Cárdenas* baja hasta el gracejo del sainete sin menoscabo del buen gusto. Tras de cultivar todos los géneros de poesía que entran bajo la jurisdiccion del Teatro, y de caminar con planta segura durante no ménos de cuatro lustros por senda tan espinosa, y siempre á la sombra de laureles, ¿qué mucho que le abra de par en par sus puertas la Real Academia Española? Para llamar á ellas con razon fundada, bastárale traer en la mano su tomo de poesías andaluzas, verdadera joya literaria, y única por el gran mérito en su especie.

Mas advierto que abuso de vuestra atencion, porque nada

sale de mis labios que no tengais sabido de sobra. Estos justos encomios tuvieran mayor oportunidad si asistiérais á la recepcion académica de una persona, cuyo nombre sonara por vez primera en vuestros oidos como asociado á la literatura, por cultivarla á solas, sin trascender la noticia fuera del círculo de sus muy allegados, y de cuyos merecimientos recónditos se necesitara hacer una minuciosa reseña para justificacion de la Academia Española. Notorios son los del Sr. Rodriguez Rubí hasta donde no se habla el majestuoso, rico y eufónico idioma de Cervantes y de Calderon de la Barca, pues no pertenece al número de los que recatan avaros los frutos más ó ménos sazonados de su inteligencia, quizá por razones de egoismo, sino que figura entre los que se aventuran á todo, á tal de ser útiles á sus conciudadanos; entre los que piensan que es una obligacion moral, de aquellos á quienes Dios quiso dotar de suficiencia no comun, dejar despues de su muerte algo más que el epitafio de su sepulcro; y por fin, entre los que, uniendo su gloria á la de la patria, no reposan de sus afanes, ni se intimidan ante los tiros de que le han de hacer blanco forzoso cuantos se entristecen del bien ajeno; tiros que son los más envenenados de todos.

Aunque el Sr. Rubí ha dado muestras de su grande idoneidad para justar con buenas armas en el palenque del periodismo, y para coger variadas flores en el fértil campo de la novela, como lo acreditan *El Hermano de la mar* y *Trampas legales*; y ahora pone de manifiesto su ilustracion vasta, y su caridad y rectitud en las tareas administrativas dedicadas al amparo de los menesterosos, su principal y más sólida nombradía, hoy por hoy, radicada está en el Teatro. Así le habeis oido expresar la gratitud propia de toda noble alma, no dejando correr la ocasion propicia de emitir en público sus ideas sin apresurarse á rendir homenaje á esa institucion veneranda, de la cual es hijo en literatura. De su remotísimo orígen os ha hablado, de sus excelencias sin cuento, y de sus actuales congojas. ¿Qué puedo ya decir que no adolezca de lánguido y descolorido? Nada, y por consiguiente

escojo el medio no inoportuno de citar algunos pensamientos de personas entendidas en corroboracion de la tésis más importante que el Sr. Rubí ha desenvuelto en su bellísimo discurso; á saber, que el Teatro es á la par escuela y reflejo de costumbres.

No erudicion bien digerida, sino ignorancia suma y con asomos de fanatismo, acreditara quien trajera hoy á cuento la respetable autoridad de los Santos Padres para condenar el Teatro, y lo calificara de escuela de lascivia, de magisterio de torpeza, de universidad de todos los vicios, y de fuente de todos los males. Estas severas censuras, estas execraciones, justísimas á todas luces cuando fueron pronunciadas, como dirigidas contra los espectáculos teatrales de la gentilidad, ya muy degenerados en aquella época del Cristianismo, no sonarian sino muy destempladamente despues de haber dado por lícitas las representaciones escénicas el Angélico doctor de la Iglesia; despues de ejecutarse por espacio de cinco siglos en nuestros templos y en nuestras procesiones para solemnizar las festividades cristianas; despues de la edad de oro de nuestro teatro, en la cual es muy digno de nota que vestian hábito sacerdotal los que le dieron mayor lustre; despues de salir siempre á vida más robusta de los ataques impetuosos de la piedad mal entendida, gracias á las elocuentes consultas de las universidades españolas, mucho ántes de la secularizacion de la enseñanza. Muy destempladamente sonaran esas censuras y esas execraciones, cuando nuestro Teatro corresponde mejor que ha correspondido nunca al objeto esencial de unir la utilidad al deleite, de recomendar la verdad y la virtud y de condenar el error y el vicio. No creo que me ciega la pasion que tengo por el siglo xix al aseverar que el Teatro español contemporáneo lleva inmensa ventaja al de todas las épocas, en la moralidad y en la aspiracion al bien y á la justicia; siquiera al expresarme de este modo, sin espacio para corroborar las afirmaciones con las pruebas á centenares, me caiga encima el anatema profano, é inofensivo y nada temible por consiguiente, de aquellos á quienes parece mejor cualquiera tiempo ya pasado.

Aunque les pese, y lo divulguen con aspavientos y gemidos, el Teatro, escuela de sabiduría práctica, guia en el camino de la vida civil, llave segura para descubrir los más profundos secretos del corazon, enseña al hombre á conformarse con su destino, y contribuye á formar el espíritu nacional. En el Teatro deben aprender los hombres á ser libres, fuertes, generosos, exaltados por la verdadera virtud, impacientes de toda violencia, amantes de su patria, verdaderos conocedores de sus derechos propios, y vehementes, rectos, magnánimos en todas sus pasiones. Para el logro de tan altos fines se deben revestir los autores dramáticos de una autoridad pública á fin de instruir á sus conciudadanos, persuadiéndose de que la nacion les confia tácitamente el cargo de censores de la multitud ignorante. No conmueven los preceptos de filosofía puestos en los libros lo que en espectáculos animados; porque el filósofo austero se desdeña de ganar los corazones, y ofende ó cansa con el tono dominante de sus doctrinas, á la par que el dramático excita alternativamente mil pasiones en el alma, y las hace servir de conducto á las ideas y á los sentimientos más nobles y sublimes, como que sus lecciones, siempre agradables, están muy apartadas del sobrecejo magistral que hace aborrecible la enseñanza y aumenta la natural indocilidad de los hombres.

A estas máximas, que tendrian escasa autoridad si fueran de cosecha propia, y que la tienen de gran peso por ser de madama Stael, de Alfieri y de Nasarre, ha ajustado el Sr. Rubí sus procederes en su carrera gloriosa para utilidad comun y honor de la patria, y de buen grado lo demostraria con un sucinto resúmen de la enseñanza moral de sus obras; pero vuela el tiempo, y voy á terminar con muy contadas frases relativas á la urgencia de sacar al Teatro nacional de la postracion de que se lastiman todos sus amadores.

Ya lo dijo el muy insigne Jovellanos al promover la reforma de los espectáculos teatrales. «Creer que los pueblos pueden ser »felices sin diversiones, es un absurdo. Creer que las necesitan

»y negárselas, es una inconsecuencia tan absurda como peligro-»sa. Darles diversiones y prescindir de la influencia que pueden »tener en sus ideas y costumbres, seria una indolencia harto »más absurda, cruel y peligrosa que aquella inconsecuencia.» Así al primer golpe de vista ocurre que la intervencion eficaz del Gobierno es el primer requisito para la inmediata restauracion de nuestro nacional Teatro: ¡qué gloria para el Sr. Rubí la de coronar su carrera dramática formulando su pensamiento para el logro de tal empresa, y de modo que, apoyado por la Academia Española, lo prohije el Gobierno, y merezca el voto de las Córtes y la sancion de la corona! Dos ideas apuntaré no más para que el nuevo académico se lance confiadamente á realizar el gran designio; una es suya, y la habeis oido de sus labios: otra acaba de ser emitida en la prensa por un escritor de buen ingenio, varia instruccion y elegante pluma: se reducen á que el Teatro figure como templo, donde solo al arte se rinda culto, sin ser objeto de granjería para nadie, al paso que proporcione á cuantos prosperan con su fortuna y se arruinan con su decaimiento una existencia cómoda y una ancianidad descansada; y á que al Teatro español se le privilegie y subvencione, aunque las reglas de la Economía política se infrinjan todas.

Por fin ceso ya de cansar vuestra atencion con mis pobres ideas y la modestia del Sr. Rubí con mis sinceras alabanzas: de vuestra indulgencia por lo que os he fatigado no abrigo la más leve duda; de la del Sr. Rubí por hablar en su elogio siempre desconfiaré con razon fundada; pero me conoce de antiguo, y no le puede coger de nuevas que, á pesar de que le amo fraternalmente, aún soy más amigo de la verdad que suyo.